



no ha podido Satanás conseguir que la religion católica no lleve ella sola los caractéres de la verdad, la antigüedad, la perpetuidad y la verdadera concórdia.

«¿Qué consuelo para los hijos de Dios! dice tan á propósito y con tanta verdad Bossuet; ¿pero qué conviccion de la verdad cuando ven que desde Inocencio XI (actualmente Pio IX, que tan dignamente ocupa el primer puesto de la Iglesia), se remonta sin interrupcion hasta San Pedro, establecido por Jesucristo, príncipe de los Apóstoles, y desde el cual, volviendo á tomar los pontífices que han servido bajo la ley, se ve hasta Aaron y hasta Moisés, de este hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo? ¿Qué ilacion, qué tradicion, qué encadenamiento tan maravilloso! Si nuestro espíritu, naturalmente incierto, y que por sus incertidumbres es el juguete de sus propios razonamientos, tiene necesidad, en las cuestiones en que le va su salvacion, fijarse y determinarse por alguna autoridad cierta, ¿qué mayor autoridad que la de la Iglesia católica, que reúne en sí misma toda la autoridad de los siglos pasados y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen?»

«Así, la sociedad que Jesucristo, esperado durante todos los siglos pasados, fundó al fin sobre la piedra, y en la cual San Pedro y sus sucesores deben prescindir por su órden, se justifica ella misma por su propia sucesion, y lleva en su eterna duracion el carácter de la mano de Dios.

«Es tambien esta sucesion, lo que ninguna herejía, ninguna secta, ninguna otra sociedad, á no ser la Iglesia católica, ha podido jamás darse. Las falsas religiones han podido imitar á la Iglesia católica, diciendo como ella que es Dios quien las ha fundado; pero estas palabras que emanan de sus bocas, no son más que palabras arrojadas al aire; porque si Dios ha creado al género humano, si criándole á su imágen no ha desdeñado jamás enseñarla el medio de servirla y complacerla, toda secta que no pueda mostrar su sucesion desde el origen del mundo, no es de Dios.

«Aquí caen al pié de la Iglesia todas las sociedades y todas las sectas que los hombres han

establecido dentro ó fuera del cristianismo... Ninguno puede cambiar los siglos pasados, ni darse predecesores, ó hacer que les haya encontrado en posesion. Sólo la Iglesia católica llena todos los siglos precedentes por una série que nadie le puede disputar. La ley precede al Evangelio; la sucesion de Moisés y de los patriarcas forma una misma série con Jesucristo; ser esperado, venir, y reconocerle una posteridad que dura tanto como el mundo; tal es el carácter del Mesías en quien nosotros creemos. «Jesucristo es hoy, era ayer, y es por los siglos de los siglos (1).»

Para la idolatria, así como para todas las sectas, cualesquiera que sean, es todo diferente. «Los ídolos, ni los habia al principio, dice el libro de la Sabiduría, ni serán para siempre; por cuanto la vanidad de los hombres los ha introducido en el mundo, y por esta razon pronto se verá su fin (2).» «Es esta una novedad pasajera para la Iglesia católica, que abraza todos los siglos, introducida por el olvido de la creencia católica,» dice el mártir San Justino (3). San Epifanio y San Juan Damasceno tambien la clasifican entre las primeras herejías. San Cirilo de Alejandria hace ver al emperador Juliano que fué desconocida durante los treinta primeros siglos del mundo (4). Este padre sigue el cálculo de los Setenta. San Justino, y con él San Zéofilo de Antioquia, Tácito, Clemente de Alejandria, y en general todos los primeros apologistas, demuestran, en particular á los griegos, que los dioses de la Grecia son posteriores á Moisés, y fijan la época de su nacimiento, de su vida y de su muerte.

A la novedad juntan la discordancia. «Una prueba de la impiedad de los idólatras, dice San Atanasio, es la falta de conformidad que hay entre ellos mismos en lo referente á su creencia en los ídolos. Porque si son dioses, como ellos pretenden, ¿á quién hay que dar la preferencia? ¿A cuál de ellos debe creerse más autorizado, á fin de que se le pueda adorar con

(1) Discurso sobre la *Historia Universal*, segunda parte, c. XXXI; Hebr., 13, 8.

(2) Sap., 14, 13.

(3) De Monarquía, núm. 1.

(4) Contra Julian., lib. III, obj. última.



seguridad y no se dude en el conocimiento de la divinidad?» En efecto, los mismos no son llamados dioses entre todos, sino que hay tantos dioses diferentes cuantas son las naciones. El mismo país, la misma comarca, la misma ciudad está dividida entre ella misma con respecto á la supersticion de los ídolos. Los fenicios no conocian á estos más que los que los egipcios llaman dioses; los egipcios no adoran los mismos ídolos que los fenicios; los escitas no reconocian los dioses de los persas, ni estos á los de los sirios. Los pelagios rechazaban á los dioses de los tracios, y los tracios no conocian á los dioses de los tebanos; los indios difieren de los árabes, estos de los etíopes, los etíopes entre ellos mismos en la obediencia á los ídolos; los sirios no dan culto ninguno á los dioses de los silicios; los pueblos de la Capadocia dan el nombre de dioses á otros, los de Bitinia á otros tambien, y los armenios los tienen diferentes de todos. ¿Qué más puede pedirse? Los que habitan los continentes adoran otros dioses de los que adoran los habitantes de las islas; los insulares otros distintos de los habitantes de los continentes. En suma, cada ciudad, cada aldea, desconociendo los dioses del vecino, prefiere los suyos, y no tiene ni reconoce como dioses más que á los suyos. Por lo que hace á las abominaciones del Egipto, no hay para qué ocuparnos en ello, porque todo el mundo sabe que allí las ciudades tienen cultos contrarios y enemigos entre sí, y que siempre los vecinos tienen empeño en adorar distintos dioses de aquellos que adoran sus vecinos. Así, por ejemplo, el cócodrilo, adorado como dios entre los unos, es mirado por otros con horror; el leon, reverenciado por estos como una divinidad, no sólo no es adorado por los vecinos, sino que si le encuentran le matan como una bestia; el pez, divinizado entre los unos, es cogido con el anzuelo entre los otros para servir de alimento. De aquí las guerras, las sediciones y los homicidios entre ellos, y en general la diversidad de creencias y cultos de todas las naciones idólatras, pues aun en un mismo pueblo no se encuentran las mismas cosas. Esto no es más que una pequeña prueba de que en rigor no tienen Dios. En efecto: siendo tan gran-

de el número de dioses, y tan diferentes, segun las ciudades y las provincias, y destruyendo el dios del uno al dios del otro, todos son destruidos por todos (1).»

A través de este tenebroso caos de discordantes opiniones, lucia, sin embargo, siempre, con más ó ménos brillo, una nocion comun del verdadero Dios; porque á pesar de toda su rabia y malicia, Satan no pudo hacer que el verdadero Dios fuese desconocido por todas partes y siempre, aun de los idólatras. Su crimen ha sido que, conociendo á Dios, no le glorificaron como á Dios (2). San Pablo es el que así nos lo enseña. Tambien todos los primeros Padres de la Iglesia prueban á los paganos la unidad del verdadero Dios, no solamente por el testimonio de sus poetas y de sus filósofos, sino tambien por el comun lenguaje del vulgo. Hay más: cuando se levantaron herejes que enseñaron dos principios ó dos dioses independientes y eternos, los Padres les oponian el unánime sentimiento del género humano. Así, San Ireneo sentó contra los valentinianos la unidad y soberanía del Dios creador, por el testimonio de todos los hombres, en particular de los gentiles, porque estos, dice, sirviendo á toda criatura y á los que no son dioses, más bien que al Criador, atribuyen, sin embargo, el primer rango de la divinidad al Dios Criador de este Universo (3).

San Agustín dice en general: «Tal es la fuerza de la verdadera divinidad, que no puede estar enteramente oculta á la criatura razonable en uso ya de la razon, porque exceptuando un pequeño número en quien la naturaleza es por demás depravada, todo el género humano confiesa á Dios autor de este mundo. En tanto, pues, que él ha hecho el mundo, cuyas principales partes son el cielo y la tierra, es el Dios conocido de todas las naciones, aun antes que fuesen imbuidas en la ley de Cristo; pero en tanto que no debe ser injuriosamente adorado con los falsos dioses, es el Dios conocido en la Judea (4).»

(1) Athan., *Con. gentes*.

(2) Rom., 20 y 21.

(3) Iren., *Adv. hæres*, lib. II, cap. IX.

(4) *In. Evang. Joan.*, cap. XVII, núm. 4.



En verdad, hay otros Padres y otros textos de la Escritura, que dicen ó suponen que los paganos no conocían el verdadero Dios; pero con un poco de atención, todo se concilia. Cuando se compara á la Escritura con la Escritura, á los Padres con los Padres, se ve que es necesario distinguir en el conocimiento de Dios cuatro grados: primero, el conocimiento de los gentiles; segundo, el conocimiento de los judíos; tercero, el conocimiento de los cristianos; cuarto, el conocimiento de los santos en el cielo. El primero es ignorancia, comparado con el segundo; el segundo, comparado con el tercero; el tercero, comparado con el cuarto. Así, en su epístola á los romanos, San Pablo pudo decir en general de todos los gentiles, y particularmente de los más sábios entre ellos, que eran inexcusables, porque teniendo conocimiento de Dios, no le glorificaron como á Dios (1); y después decir en su epístola á los tesalonicenses, que los gentiles ó las naciones ignoran á Dios (2). Así, el Salvador dice á la Samaritana: «Adorais á lo que no sabeis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación procede de los judíos (3).»

A los judíos: «Mi Padre es el que me glorifica, el que decís que es vuestro Dios, y no le conocéis; pero yo le conozco, y si dijera que no le conozco, sería semejante á vosotros, mentiroso. Pero yo lo sé y guardo su palabra (4).»

A sus Apóstoles, hablando de los judíos: «Os harán estas cosas, porque no han conocido ni á mi Padre ni á mí (5).»

De sus Apóstoles, hablando á su Padre: «He manifestado tu nombre á los hombres que me ha dado del mundo; les he hecho conocer tu nombre, y le haré conocer todavía (6).» En fin, San Pablo dirá, con el don mismo de la ciencia, comunicado milagrosamente por el Espíritu-Santo: «La ciencia misma será destruida, porque en parte profetizamos. Pero cuando viniere lo que es perfecto, entonces se desva-

(1) Rom., 1, 21.
(2) 1 Tess., 4, 5.
(3) Joan., 4, 21.
(4) Ibid., 8, 54 y 55.
(5) Ibid., 16, 3.
(6) Ibid., 17, 6 y 26.

necerá lo que es parcial. Cuando era niño, hablaba como niño, sabía como niño, pensaba como niño; pero cuando he llegado á ser hombre, he desechado lo que era propio de niño. Vemos ahora por un espejo en enigma; pero entonces veremos cara á cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como soy conocido (1).»

Todo se concilia de esta manera: la Escritura con la Escritura, y los Padres con los Padres. Dios es bueno, aun para con los gentiles aunque lo sea más para los judíos, todavía más para los cristianos, y con toda su bondad para los santos en el cielo. Todo debe bendecir su misericordia, los gentiles á los cuales no rehusa el primer grado de su conocimiento, los judíos que eleva al segundo, los cristianos que eleva al tercero, los santos que transforma en los esplendores del cuarto. «Alabad al Señor todas las naciones, alabadle todos los pueblos, porque su misericordia se ha afirmado sobre nosotros, y la verdad del Señor permanece para siempre (2).»

La idolatría no impedía, pues, conocer el verdadero Dios; no impedía tampoco adorarle. Lo vemos por el ejemplo de Salomón, lo vemos por el ejemplo de los israelitas adorando á la vez á Jehová y á Baal. «Es ignorar los primeros principios de la teología, dice Bossuet, el no querer entender que la idolatría adoraba todo, así el verdadero Dios, como los demás (3).»

Y en otra parte, hablando de lo que dice Bardesanes de los judíos: «Aun cuando fuera el Dios verdadero de quien habrían conservado alguna idea, como todos los demás gentiles, no se puede deducir de aquí que le rendirían un culto agradable en medio de tantas supersticiones criminales, ni aunque le adorasen solo, puesto que se ve á tantas otras naciones unir el culto del verdadero Dios criador con las demás falsas divinidades (4).»

En fin, como lo nota el mismo Bossuet después de San Atanasio, «ni la ley ni los profetas habían sido dados á los judíos para ellos solos, sino para que brillase en todo el univer-

(1) Cor., 13, 11 y 12.
(2) Ps. 116.
(3) Carta 256 á M. Brisacier.
(4) Ibid. 257 á M. Brisacier, pag. 273.



so el conocimiento de Dios y de las buenas costumbres (1).» Para esto pone Dios á su pueblo en relación con los pueblos más influyentes de la tierra: con Egipto, Fenicia, Babilonia, Persia: encontraremos aún vestigios de ella en la China. «Después de la ley de Moisés, los paganos tenían así cierta facilidad mayor para conocer á Dios y su verdadero culto; de suerte que el número de particulares que entre los gentiles le adoraban, es quizá mayor que lo que se cree.» Estas palabras son de Bossuet, el cual dice que no hay que dudar de la existencia de un gran número de estos creyentes dispersos entre los gentiles de quienes venimos hablando, sino que estaba reservado á la nueva alianza unir todas las naciones (2).

Desde el Evangelio, la grosera idolatría ha sido destruida; pero hay una idolatría espiritual, que reina aún por toda la tierra; hay ídolos ocultos que nosotros adoramos en secreto, en el fondo de nuestros corazones; y lo que San Pablo ha dicho de la avaricia, que era un culto de ídolos, se debe decir de la misma manera de todos los otros pecados que nos aprisionan bajo su tiranía. Somos idólatras, puesto que preferimos cualquiera cosa á Dios.

«Corazón humano, abismo infinito, que en tus profundas meditaciones ocultas tanta diversidad de pensamientos, que se escapan muchas veces á tu propia mirada, si quieres saber lo

(1) Ibid. 258 á M. Brisacier.
(2) Carta 258 á M. Brisacier.

que adoras y á quién ofreces incienso, mira adónde van tus deseos, porque este es el incienso que Dios quiere y el único perfume que le agrada. ¿Adónde van, pues, estos deseos? ¿De qué lado inclinan sus corazones? ¿Adónde se dirige su movimiento? Tú lo sabes, no me atrevo á decírtelo; pero cualquiera que sea la parte á que se dirijan, sabe que allí está tu divinidad: Dios no tiene más que el nombre de Dios; esta criatura recibe de él el homenaje, puesto que tiene el amor que Dios pide. Pero como hemos visto en la idolatría que el hombre, tomándose una vez la libertad de crear dioses á su capricho, los multiplica sin medida, nos sucede todos los días lo mismo; porque á cualquiera que elijamos como Dios, la pobreza de la criatura le obliga á dividir hasta el infinito sus afectaciones y no se conforma con un solo ídolo. Donde se encuentra placer no se encuentra fortuna; lo que satisface á la avaricia, no contenta á la vanidad: el hombre tiene necesidades infinitas, y cada criatura, como limitada, tiene que tomar necesariamente de otra aquello de que cada una carece. Cuantos apoyos buscamos en esta materia, otros tantos señores nos formamos; y estos señores que colocamos sobre nosotros, ¿tendremos inconveniente en llamarlos divinidades? Y no son estos señores otra cosa más que nuestros dioses, si es lícito hablar así, puesto que los preferimos á Dios mismo (1)?»

(1) Bossuet, Panegirico de San Victor.